



JOHANNA  
LINDSEY

HAZME  
AMARTE



# Hazme amarte

*Johanna Lindsey*

Traducción de Irene Saslavsky

Título original: *Make me love you*

Traducción: Irene Saslavsky

1.ª edición: marzo 2017

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-662-0

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[Epílogo](#)

## 1

—Esto es intolerable. ¿Cómo se atreve ese ridículo y disoluto heredero real a presentarles un ultimátum a los Whitworth?

Si bien estaba bastante envejecido y era veinticinco años mayor que su esposa, el rostro de Thomas Whitworth aún desafiaba el paso del tiempo. A pesar de que su cabello se había vuelto completamente blanco, casi no tenía arrugas. Todavía era un hombre apuesto, aunque viejo y martirizado por el dolor en las articulaciones, pero poseía la naturaleza y la terquedad necesarias para disimularlo; era capaz de aparentar estar sano y fuerte en presencia de otros, aunque tuviera que recurrir a un gran esfuerzo de voluntad. El orgullo lo exigía, y él era un hombre muy orgulloso.

—Ahora es el regente, nombrado de manera oficial. Tanto Inglaterra como sus súbditos están en sus manos —dijo Harriet Whitworth, retorciendo las suyas propias—. Y te ruego que bajes la voz, Thomas. Su emisario aún no ha salido por la puerta principal.

Una vez que el emisario hubo abandonado la habitación, Thomas se desplomó en el sofá.

—¿Acaso crees que me importa que me oiga? —gruñó, dirigiéndose a su mujer—. Tiene suerte de que no lo haya echado de una patada en el culo.

Harriet corrió hacia la puerta del salón y, por si acaso, la cerró antes de regresar junto a su marido y susurrar:

—Sin embargo, no queremos que nuestras opiniones sobre el príncipe regente lleguen directamente a sus oídos.

Harriet era joven cuando se casó con Thomas, conde de Tamdon, era un muy buen partido y aún una beldad a los

cuarenta y tres años gracias a sus cabellos rubios y sus ojos azules y cristalinos. Creyó que podía amar a ese esposo escogido por sus padres, pero él no hizo nada para fomentar ese sentimiento, así que jamás lo experimentó. Thomas era un hombre de carácter duro, pero ella había aprendido a convivir con él sin convertirse en el blanco de sus iras y sus despotriques, y también a no provocarlos nunca.

No le quedó más remedio que volverse tan dura e insensible como él, y creyó que jamás le perdonaría por convertirla en una copia de sí mismo, pero al menos no se mofaba de sus opiniones y de vez en cuando incluso tenía en cuenta sus sugerencias. Eso significaba mucho en el caso de un hombre como Thomas, así que a lo mejor la apreciaba un poco, aunque jamás lo demostrara. Y no se trataba de que ella todavía deseara su afecto: la verdad es que deseaba que muriera de una vez, para poder volver a ser la misma de antes... si es que aún quedaba algo de su ser anterior. Pero Thomas Whitworth era demasiado terco como para morir a tiempo.

Le trajo una manta y trató de envolverle las piernas, pero él lo rechazó: quería hacerlo él mismo. Aunque era verano, Thomas sentía frío con facilidad mientras otros ya sudaban. Detestaba sus dolencias y sus doloridas articulaciones; casi todos sus ataques de furia estaban dirigidos contra él mismo, porque ya no era el robusto hombre de antaño, pero su ira actual solo estaba dirigida contra el príncipe regente.

—¡Qué audacia intolerable! —exclamó Thomas—. ¿Acaso crees que no es consciente de lo que toda la nación piensa de él? Es un hedonista sin el menor interés por la política, solo por los placeres que le brinda su sangre real. Esto solo es un ardid destinado a confiscar nuestra riqueza porque, como de costumbre, está profundamente endeudado debido a sus extravagancias y el Parlamento no le concede ningún alivio.

—No estoy tan segura de que sea así —dijo Harriet—. Podían pasar por alto un duelo, pese a aquella vieja prohibición que el emisario se empeñó en mencionar. Dos duelos causarían sorpresa, pero aun así podían ser pasados por

alto porque nadie ha muerto, al menos todavía. Pero el último duelo que Robert libró con ese lobo del norte fue demasiado y se ha convertido en un escándalo. Es culpa de nuestro hijo; podía haberse negado.

—¿Y ser tildado de cobarde? Por supuesto que no podía negarse. Al menos esta vez casi mata a Dominic Wolfe; puede que el cabrón aún muera a causa de las heridas y podremos poner punto final a esta feroz *vendetta* y al osado ardid del regente, que pretendía aprovecharla.

—¿Crees que el príncipe Jorge se está tirando un farol? ¿Que no hará nada si no formamos esta alianza que lord Wolfe nos exige? Me temo que no. Un duelo es por el honor, pero tres ya son un intento de asesinato y hubo un clamor popular excesivo en contra de los duelos por parte de sectores que, en este caso, apoyarán por completo al regente. Opino que le pongamos fin de esta manera, ¿o acaso quieres que nuestro hijo se vea obligado a volver a arriesgar su vida? ¿Es necesario que te recuerde que el propio Robert ya ha sido herido en esos duelos?

—No hace falta que me recuerdes eso, mujer. Pero el príncipe regente está tan loco como su padre si cree que un casamiento entre nuestras familias pondrá fin a la *vendetta* de Dominic. Si se la entregamos es tan probable que Wolfe asesine a tu hija como que se la lleve a la cama.

Harriet frunció los labios. La enfurecía que siempre se refiriera a Brooke como hija de ella, no de él, pero siempre había sido así desde el día que nació. Thomas se había limitado a echarle un vistazo a la hermosa hija que ella le había dado y luego le dio la espalda con un gruñido: lo que deseaba eran hijos, numerosos hijos, no niñas llorosas. Pero Harriet solo le había dado dos hijos, y no por elección propia: otros cinco embarazos habían acabado en abortos.

Pero entonces dijo lo que sabía que él quería oír, y con las mismas palabras insensibles que él hubiese utilizado.

—Mejor ella que Robert. Robert es tu heredero, Brooke solo es otra boca que alimentar en esta casa.

El heredero de los Whitworth escogió ese momento para abrir las puertas del salón y reunirse con ellos. Era evidente

que había oído los últimos comentarios y, en tono aburrido, Robert dijo:

—Enviadla de inmediato. Wolfe no la aceptará. Será él quien pierda sus tierras y su título mientras nosotros acatamos la solapada «sugerencia» del regente respecto de una alianza.

Harriet no esperaba otra cosa de su hijo, quien no albergaba ningún amor por su hermana. De un metro setenta y ocho de estatura, casi la misma de su padre y tan apuesto y robusto como antaño había sido Thomas, Robert tenía sus defectos, pero ella lo adoraba a pesar de todo.

Sus dos hijos se parecían a Thomas, tenían su mismo cabello antaño negro y sus ojos verde claro. Brooke incluso superaba a Harriet en estatura por unos centímetros, pero Robert era tan hedonista como el príncipe regente y a los veintitrés años ya había acumulado unas cuantas amantes, tanto en su hogar de Leicestershire como en Londres. Podía ser encantador... cuando quería algo. O de lo contrario era bastante parecido a su padre: desdeñaba tanto a sus iguales como a los criados.

Todo el asunto enfurecía a Thomas demasiado como para que lo tratara con su indiferencia habitual.

—Si has vuelto a meterte en una situación como aquella del año pasado... Si has quebrantado tu palabra...

—No lo he hecho —se apresuró a decir Robert.

—Dijiste que esos duelos carecían de importancia, que eran triviales, ¡pero el empeño de este hombre huele a una disputa que no tiene nada de trivial! ¿Qué diablos le hiciste?

—Nada. Solo me he topado con él un par de veces en Londres. Sea cual sea el motivo por el cual desea verme muerto, no lo reconoce. Supongo que se trata de celos o de algún desaire que le hice, uno tan ridículo que se avergüenza de admitirlo.

—Entonces tenías buenos motivos para negarte a batirte en duelo.

—¿Crees que no lo intenté? ¡Me llamó mentiroso! Eso no podía pasarlo por alto, ¿verdad?

Harriet conocía a su hijo. Tendía a no ser sincero cuando la verdad no le convenía, pero Thomas le creía, desde luego. No querría castigar a su adorado hijo.

Más calmado, Thomas preguntó:

—¿Sabías que plantearían esta absurda exigencia?

—Sí, me advirtieron que Jorge tal vez lo intentaría y por eso regresé a Londres. Él presta atención a los estúpidos consejos de sus aduladores y compinches, que lamentan que una vez más ande corto de dinero. Para poder llevar a cabo su amenaza, Jorge confía en que ignoraremos su ridícula afirmación de que, gracias a esta estúpida alianza, la violencia acabará y reinará la paz. Supongo que no lo complaceréis al respecto, ¿verdad?

—¿Entonces no crees que se está tirando un farol?

—No, por desgracia. Napoleón está matando a muchos ingleses en el continente y los consejeros del regente no creen que sea bueno para la moral de la nación que los nobles se maten entre ellos en casa; y el príncipe hace gestiones para asegurar que todos compartan ese sentimiento. Si le desobedecemos tendrá todo el apoyo necesario para blandir el martillo real contra nosotros.

Thomas suspiró y miró a su esposa.

—¿Dónde está la muchacha? Supongo que habrá que decirle que se casará.

## 2

Antes de que empezaran a buscarla, Brooke salió de su escondite bajo la ventana abierta del salón y echó a correr hacia los establos. Lo había oído todo, incluso lo que el emisario les dijo a sus padres. Esa mañana iba de camino al establo cuando el hombre llegó en su elegante carruaje, y llevada por la curiosidad se escondió allí de cuclillas para descubrir por qué había acudido. Sus padres rara vez tenían visitas. No hacían vida social en el hogar, solo cuando iban a Londres, así que sus amigos en el condado eran escasos; además, nunca le contaban nada y por eso escuchar a escondidas se había convertido en una costumbre.

Primero la buscarían en su habitación, luego en el invernáculo, después en los establos, los tres lugares que ella frecuentaba. Sin detenerse para comprobar el esguince de la pata delantera del semental ni para saludar al nuevo potrillo, llamó al caballero para que se apresurara a preparar a *Rebel*, su yegua. La había llamado así porque eso es lo que ella era: una rebelde, al menos en el fondo. Brooke detestaba casi todos los aspectos de su vida y quería cambiarla, pero carecía del poder para hacerlo, por supuesto, y finalmente la había aceptado.

Decidió no esperar al mozo de cuadra, que seguramente estaría almorzando; no era obligatorio que la acompañara puesto que ella tenía permiso para cabalgar por las tierras de los Whitworth. Sin embargo, estas eran extensas, solo una cuarta parte estaba destinada a una amplia granja donde criaban ovejas cuya lana había enriquecido a los Whitworth durante décadas. ¡Y no es que algún miembro de la familia hubiera esquilado alguna vez una oveja! El resto del

terreno era abierto o boscoso y ello le permitía una buena galopada, que es lo que necesitaba ahora. Quería disponer de bastante tiempo con el fin de digerir todo lo que acababa de escuchar, antes de que sus padres compartieran las «noticias» con ella.

Su primera reacción fue una enorme desilusión, porque los duelos de Robert impedirían que pudiera asistir a la temporada social de Londres, tal como le habían prometido. Planear ese viaje había estrechado la relación con su madre; en los últimos años Brooke casi no la había visto y, si no la conociese, incluso podría haber pensado que la idea del viaje excitaba a Harriet.

Brooke hubiera hecho las maletas y hubiese estado preparada para partir a Londres de inmediato. Ya tenía los baúles y el nuevo guardarropa que llevarían. Harriet le había brindado una temporada social en Londres no porque quisiera hacerlo o porque creyera que complacería a Brooke, sino porque era lo que la sociedad esperaba de sus padres y Harriet siempre hacía lo que esperaban de ella. Brooke nunca había tenido tantas ganas de emprender ese prometido viaje. Pero las promesas quedaron en nada...

Entonces el temor la invadió: tendría que casarse con un completo desconocido. Mientras galopaba con *Rebel* a través del prado, pensó que no hay mal que por bien no venga, porque era una manera rápida y segura de escapar de su familia. La idea de ir a Londres y no encajar la había preocupado, porque su don de gentes era tan escaso que quizá no encontraría a un hombre dispuesto a casarse con ella. Ahora esa preocupación había desaparecido.

La decepción y el temor aún la invadían, pero no pudo evitar una sonrisa. Era la primera vez que sentía emociones tan contradictorias, pero su temor ante ese hombre desconocido —que sería «tan capaz de asesinarla como de llevársela a la cama» y vivía muy lejos— no anularía la dicha que le causaba abandonar su hogar. Que la arrojaran en brazos de ese tal Wolfe, ese lobo, no era el modo de escapar que

hubiera preferido, pero cualquier cosa era mejor que vivir con una familia que no sentía afecto por ella.

Cuando alcanzó el bosque refrenó a la yegua y enfiló por un sendero que solía recorrer cuando acompañaba a Alfreda, su doncella, para recoger hierbas. Ellas mismas habían creado el sendero en sus numerosos paseos hasta la parte más profunda del bosque. Desmontó cuando llegó a un solitario y soleado claro, alzó la vista al cielo y dio rienda suelta a su ira; luego a su miedo, y finalmente soltó una carcajada de alivio porque por fin ya no estaría a merced de esas personas sin corazón cuya sangre compartía.

«Dios —pensó—, no echaré de menos este lugar ni estas personas... bueno, a excepción de los criados.» Alice, la doncella de la planta superior, le había regalado una caja de cintas bordadas a mano para la temporada en Londres. Brooke derramó lágrimas cuando se dio cuenta del tiempo y el amor dedicados a confeccionarlas. O Mary, la cocinera, que siempre tenía un abrazo y un pastelito para ella. O William, su mozo de cuadra, que hacía todo lo posible por hacerla reír cuando ella estaba de un humor melancólico.

Si Alfreda no podía acompañarla, la echaría demasiado de menos. La doncella había estado a su lado desde que Brooke nació, cuando Harriet no tuvo más leche y Alfreda, que acababa de perder a su propio bebé, había sido contratada para que la amamantara. Después Alfreda se había convertido en su niñera y finalmente en su doncella. Había cumplido treinta y tres años, tenía cabellos negros y ojos de un color tan oscuro que también parecían negros; además era una madre para ella, mucho más de lo que Harriet jamás había sido. También era la mejor amiga de Brooke. Sencilla, mandona, y a veces escandalosamente directa, Alfreda no era servil en absoluto y se consideraba igual a todo el mundo. Brooke pasaba mucho tiempo cuidando las plantas del invernáculo para que Alfreda dispusiera de hierbas durante todo el año.

Los aldeanos de Tamdon confiaban en Alfreda para curar sus dolencias. Acudían a la cocina y le hacían sus pedidos a Alfreda a través del personal de cocina, y ella entonces les

hacía llegar sus remedios de hierbas del mismo modo a cambio de una moneda. Hacía tanto tiempo que la doncella ayudaba a las personas que Brooke imaginaba que a esas alturas ya sería rica. Y si bien la llamaban una bruja en vez de sanadora, no dejaban de acudir suplicando las pócimas. Alfreda no era una bruja, solo poseía un antiguo saber acerca de las propiedades medicinales de las plantas y las hierbas, un saber que en su familia había sido transmitido de una generación a otra. Alfreda guardaba el secreto de sus talentos curativos frente a la familia de Brooke porque temía que la acusaran en serio de ser una bruja y la echaran de la casa.

—Sueles tener motivos para enfurecerte y llorar, pero ¿por qué estás riendo? ¿Qué te ha complacido, cielo? ¿El viaje a Londres?

Brooke echó a correr hacia Alfreda cuando la doncella apareció de detrás de un árbol.

—A Londres no. Pero un viaje, desde luego. Tengo unas noticias un tanto buenas para compartir.

—¿Un tanto buenas? —preguntó Alfreda, riendo—. ¿Es que no te he enseñado los peligros que suponen las contradicciones?

—Esta es inevitable. Me dan en matrimonio a un enemigo de mi hermano; no por voluntad propia de mis padres, sino a petición del príncipe regente.

Alfreda arqueó una ceja.

—Los miembros de la familia real no piden: exigen.

—Exactamente, y amenazan con graves consecuencias si sus exigencias no son satisfechas.

—¿Te negarías a obedecer?

—Yo no, mis padres. Pero han decidido no esperar a ver si el regente se está tirando un farol, y en cambio, me enviarán a ese hombre. Robert cree que el hombre me rechazará, así que después de todo tal vez no me veré obligada a casarme con él.

—Todavía no me has dicho qué te complace a ti de este arreglo.

—Estaría dispuesta a casarme con él si eso significa que habré puesto punto final al vínculo con mi familia. Y hay algo a su favor: ha intentado matar a mi hermano en tres ocasiones y por eso ya me cae bien.

—¿Te refieres a los duelos recientes mencionados por tus padres?

—Sí.

—En general, se da por satisfecho el honor tras un único duelo. ¿Alguna vez averiguaste por qué fueron tres?

Brooke sonrió, porque Alfreda conocía su propensión a escuchar en secreto.

—Mi madre se lo preguntó a Robert la última vez que estuvo en casa, pero él esquivó la pregunta diciendo que era una trivialidad, que no merecía la pena hablar de ello. Es obvio que era algo más, pero hoy, cuando mi padre le preguntó qué había provocado la ira de ese lord del norte, Robert afirmó ignorarlo. Pero tú y yo sabemos muy bien que es un mentiroso.

Alfreda asintió con la cabeza.

—Al menos tienes puntos en común con ese hombre con el que pretenden casarte. Eso es un buen comienzo.

—Bueno, sí: ambos compartimos el mismo desagrado por mi hermano, pero yo no traté de matar a Robert, como él me acusó a mí cuando era una niña —contestó Brooke en tono rotundo—. Aquel día, cuando trataba de alcanzar el pie de la escalera antes que él, realmente tropecé y choqué contra su espalda. Tuve suerte y me aferré a la barandilla mientras que él rodó escalera abajo. Pero él afirmó que lo había empujado adrede y mis padres le creyeron, como siempre lo han hecho. Así que me encerraron en mi habitación hasta que Robert se recuperara, ¡pero juro que él fingió que necesitaba unas semanas más para que su tobillo se curara, porque sabía que yo detestaba estar encerrada! Pero me da igual lo que piense. Robert me odiaba desde mucho antes, como tú bien sabes.

Alfreda le rodeó los hombros con un brazo y la estrechó.

—Dejar de ver a ese odioso muchacho te hará mucho bien.